

La Comuna

Revista teórica y política del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



Nº 21 • Julio de 2005

2 pesos



Página 2	Editorial
Páginas 3 a 5	La lucha de clases está viva y los pueblos del mundo están de pie
Páginas 6 a 10	El papel de la clase obrera y el papel del Partido Revolucionario
Páginas 11 y 12	Lo esencial que genera la lucha de clases
Páginas 13 a 15	El Partido Revolucionario y su relación con las masas
Página 16	Formulaciones sobre la lucha de clases

La lucha de clases, la situación del movimiento de masas en lucha ascendente, el papel de la clase obrera, el papel de la vanguardia y el Partido Revolucionario, son los temas centrales que se desarrollan en este nuevo número de La Comuna.

El primer artículo plantea un análisis sobre las calamidades que el capitalismo genera en el mundo, acumulando riquezas mientras rapiña nuestros recursos, y la actitud de rebeldía que empiezan a asumir los pueblos de forma creciente, dando combate contra los dictados del sistema.

En el segundo artículo –analizando que la clase obrera comienza a jugar un papel de trascendencia en la política nacional– se profundiza sobre la situación de masas que abre nuevas perspectivas en la lucha por el poder; y el papel que adquiere el proletariado y su Partido a la hora de empujar hacia nuevas situaciones revolucionarias.

Las luchas actuales ponen sobre la mesa lo esencial que genera la lucha de clases, cuando la clase obrera incorpora su impronta a todo el movimiento de masas, dándole una calidad superior al enfrentamiento, debilitando aún más a la burguesía y generándole más crisis.

En el último artículo El partido revolucionario y su relación con las masas, se plantea su actividad durante el proceso revolucionario como catalizador de la acción de masas y la influencia del mismo en la creación y desarrollo de la vanguardia revolucionaria de masas.

La lucha de clases está viva y los pueblos del mundo están de pie

El sistema capitalista –“gran defensor de la propiedad”– nos despoja de la propiedad de nuestra vida, pretendiendo que tomemos como “normal” las calamidades mundiales que él mismo genera: la pobreza extrema de millones de personas o las muertes diarias de miles de niños por hambre o enfermedades evitables.

En sus reductos imperiales, los capitalistas no paran de acumular riquezas y planificar más rapiña, pero ya nada pasa inadvertido: los pueblos empiezan a asumir una actitud de rebeldía y combate crecientes, contra los dictados del sistema.

1.- Un sistema caduco e inviable

El sistema capitalista ha producido la mayor cantidad de pobres, hambrientos, desamparados, muertes evitables, catástrofes ecológicas, guerras de rapiña, superexplotación a la gran mayoría de los pueblos del mundo, explotación desenfrenada de los recursos naturales, y violaciones permanentes de los derechos más elementales del ser humano que se tenga registro en la historia de la Humanidad.

Sin embargo, está prohibido hablar de otra forma de vida que no sea el capitalismo. Con la excusa del fracaso de gran parte de las experiencias de construcción socialista durante el siglo XX, se ha impuesto que el capitalismo, a pesar de las atrocidades que provoca, no puede ser cuestionado como sistema social. Entonces, sí se pueden denunciar sus excesos, sus imperfecciones, pero nunca llegar a la conclusión que, como sistema de vida, es caduco e inviable.

La mayoría de los habitantes de este planeta, todos los días nos levantamos con un único fin: ganar el sustento que nos permita sobrevivir para, al otro día, volver al mismo punto de partida. El sistema que hace de la propiedad un tema sacrosanto, despoja de la propiedad de la vida al ser humano. Las clases dominantes se encargan luego de construir discursos que transforman en normal lo anormal. Es decir, acostumbrarnos a la pobreza extrema de millones de personas; a que miles de niños se mueran de hambre o enfermedades evitables todos los días; a que hombres y mujeres en todo el mundo un día, por decisión inapelable, dejen de servir a la economía del sistema y sean tirados al costado del camino sin más remedio. En una palabra, el orden capitalista es uno y ese orden de cosas establecido puede ser criticado pero nunca ser cuestionado de fondo.

La continuidad de un sistema esencialmente injusto y opresor depende, precisamente, de lograr que los oprimidos admitan el estado de cosas. Y para ello el sistema y todas sus usinas de información y desinformación trabajan día a día. La reciente reunión de los ministros del G-8 declaró pomposamente la condonación de la deuda externa de 18 países de África y América Latina; lo que no dicen es que esta decisión está condicionada a que las transnacionales puedan desarrollar el saqueo y el despojo sobre las riquezas de esos países.

El éxito que están obteniendo en ese propósito pareciera comenzar a hacer agua, pese a la imagen de fortaleza que pretenden exhibir. Contrariamente a las afirmaciones sobre su muerte y los certificados de defunción extendidos, la lucha de clases está vivita y coleando y los pueblos del mundo están de pie. La situación del capitalismo a nivel mundial atraviesa una crisis estructural sin precedentes, que no tiene que ver ya sólo con las crisis económicas recurrentes y sus secuelas de miseria; también comienza a

cuestionarse el carácter intrínsecamente violento, despótico e inmoral del sistema. Como afirmara Fidel Castro “los pueblos se vuelven ingobernables” puesto que mientras en sus reductos imperiales los capitalistas no paran de acumular riquezas y de planificar más rapiña, en el resto del planeta los pueblos empiezan a asumir una actitud de rebeldía y combate crecientes contra los dictados del sistema.

Uno de los rasgos característicos de esta situación lo constituye la creciente ruptura que establecen las masas con los mandatos de los poderosos. Mientras los gobernantes celebran y festejan tratados, acuerdos, uniones y desuniones, los pueblos no se dejan engañar y, en cuanto pueden, le dan la espalda a esas tramoyas.

El reciente rechazo en Francia y en Holanda a la Constitución de la Unión Europea, pone en tela de juicio casi cincuenta años de proyectos de la burguesía; la Unión Europea no tambalea porque esté acosada por los monopolios de EE.UU. o de Asia, sino porque las masas le dan la espalda. Es un nuevo jalón que se suma al rechazo masivo a los planes de flexibilidad laboral o a los intentos por eliminar beneficios sociales. Las masas intuyen que la intención es nivelar para abajo y no creen ni una palabra a los políticos burgueses, y se hacen sentir. Por un lado, festejos y celebraciones por la ampliación de la Unión; por el otro, cada vez más repudio a las medidas antipopulares que traen aparejadas tales planes. Lo que por mucho años fue vendido como lo que convenía a todos, hoy comienza a ser cuestionado activamente, provocando crisis políticas de muy difícil resolución y trabas para la continuación de los planes imperiales.

Más cerca geográficamente, también hay problemas para el imperialismo por nuestras tierras de América Latina. En la portada del diario La Nación del 12/6/05 se lee el siguiente titular: “EE.UU. sólo suma traspiés en América latina. Reconoció media docena de errores en ocho semanas”. La nota abunda sobre los supuestos errores de la diplomacia yanqui respecto de las crisis en Ecuador, en Bolivia, o en sus políticas respecto de Cuba y Venezuela. Sin embargo, eso que ellos llaman errores diplomáticos son derrotas de las políticas intervencionistas del imperialismo norteamericano, motivadas por la fenomenal situación de masas que se vive en nuestros países. En todo caso, podría decirse que son errores inducidos por la acción de los pueblos que ya no miran los acontecimientos como convidados de piedra; por el contrario el accionar popular acrecienta la crisis imperialista y condiciona las políticas de EE.UU. y los gobiernos burgueses de la región.

2.- La Historia va hacia el lado de los cambios

Las masas en el mundo están en ebullición, comienzan a recorrer caminos distintos a los conocidos y aunque, todavía, no existe en el horizonte una clara alternativa al capitalismo en decadencia, podemos afirmar que la Historia va hacia el lado de los cambios, de la revolución y no de la reacción. La reciente crisis en Bolivia puso en el tapete (a pesar de la deliberada intención de tapar la información) el problema del poder y la revolución, la cuestión del gobierno revolucionario. Este es un paso de gigantes para el movimiento popular y revolucionario, pues millones comienzan a definir un objetivo que por años fue silenciado, desfigurado y hasta traicionado por tanto revisionismo que, con aires modernistas, vinieron a eternizar al capitalismo y a jugar, en definitiva, el papel de defensores a ultranza del orden vigente.

El imperialismo es consciente de esta realidad. Sus movidas no dejan margen de dudas: casualmente aparecen informes del incremento de producción de cocaína en Bolivia; el gobierno paraguayo aprueba leyes para que los marines estadounidenses gocen de

inmunidad ante probables intervenciones en ese país; se renuevan las denuncias sobre el papel de las FARC en las crisis de los países de la región y la supuesta vinculación de esa organización revolucionaria con el narcotráfico. El engaño encuentra obstáculos porque los pueblos no creen y las mentiras del sistema toman dimensiones de farsas burdas y sin fundamento; su único fin es preparar las condiciones para su intervención y la de los gobiernos lacayos ante la acción de las masas populares.

No obstante, como decíamos anteriormente, así como las políticas diplomáticas fracasan también fracasarán las políticas guerreristas. Los pueblos y sus vanguardias están atentos. Fundamentalmente, los procesos van por un camino de ascenso y esas tendencias tienden a fortalecerse, pues marchamos en un marco de avance de las fuerzas del pueblo y un retroceso de las fuerzas de la reacción.

Este es el cambio fundamental que debemos asimilar en este período histórico de la lucha de clases, para poder definir las tácticas que sirvan para desbaratar las políticas imperialistas y robustecer las políticas revolucionarias que den un horizonte de salida real a las demandas y aspiraciones de las masas.

La histeria de los voceros del sistema, que comienzan a acusar el golpe y arrojan encendidas maldiciones, no podrá retrasar procesos que ya se han desatado. Simplemente, porque los discursos del sistema que agitan el caos ante la acción directa de los pueblos, chocarán cada vez más con el caos cotidiano en que se ha convertido vivir en un sistema que privilegia la ganancia sobre el ser humano y sus derechos. Es este el meollo de la cuestión: seguir sobreviviendo en un sistema social deshumanizado, brutal y corrompido hasta la médula o buscar el camino que dignifique la vida de los pueblos. Las aguas comienzan a dividirse y es responsabilidad de los revolucionarios plantear estos debates con mucha convicción, pues las masas sabrán discernir y tomarán las banderas de la transformación revolucionaria de la sociedad.

El papel de la clase obrera y el papel del Partido Revolucionario

Nos encontramos en una situación muy especial en la historia de nuestra Patria, en la que la clase obrera comienza a jugar un papel de trascendencia en la política nacional. Es un momento en donde se percibe que el auge manifiesto en los meses anteriores se consolida, abriendo nuevas perspectivas en la lucha por el poder. Esta situación de cambio en el proletariado no es ajena a sus vanguardias y requiere de un intenso debate para poder avanzar decididamente en el camino de la Revolución.

1.- Un momento histórico

Se abre en nuestro país un momento histórico como pocos: el ascenso sostenido en el movimiento de masas y en la clase obrera, se percibe en cada centro de trabajo. No hay lugar en donde no exista debate, movilización o lucha. Todo es reclamo, todo es exigencia y nada de todo lo hecho por el gobierno logra remontar la desconfianza que la mayoría del pueblo tiene sobre las instituciones de la burguesía.

Por el contrario, salvo sectores favorecidos y que son parte de la base social de esta administración, la mayoría aplastante del pueblo no cree en nada y todo está cuestionado. Para esas mayorías, el gobierno de turno no es creíble, más allá de alguna expresión de simpatía, sobre todo en sectores de la pequeña burguesía no asalariada, en donde predomina aún un análisis superficial de ciertas medidas que ha tomado.

Transitamos una época en que, por un lado, la burguesía monopolista realiza fenomenales negocios, mientras que por el otro, la clase obrera y el pueblo se encuentran en pleno auge de lucha. Han transcurrido ya casi tres décadas en donde la perspectiva de la revolución, el espíritu de la revolución, el cambio revolucionario se mantuvo, durante ese lapso, como una llama encendida en diversos grupos de revolucionarios, en el cual incluimos nuestra honrosa organización.

Durante ese período, la revolución, a secas, intentó ser sacada del léxico común de la clase y del pueblo, y sus encargados fueron los gobiernos dictatoriales, los gobiernos democráticos burgueses, y toda una intelectualidad “progresista”, reaccionaria hasta los huesos, muchos de ellos nacidos en los años ‘70.

La revolución, el cambio, el socialismo, la lucha por el poder fueron catalogados como expresiones de un pasado anacrónico, inviable, asociado a lo prehistórico. Pero la lucha de clases, y la clase de vanguardia, vuelven a poner las cosas en su lugar y a instalar en escena nuevos y viejos debates en un peldaño ascendente de la historia.

En épocas como las descritas, los revolucionarios tuvimos que sostenernos, tuvimos que realizar tareas grises de la revolución, tuvimos que ir y venir para solidificar las fuerzas, y prácticamente acompañamos los acontecimientos de las masas.

Desde la pueblada de Santiago del Estero, pasando por innumerables acontecimientos de masas, se definieron y analizaron las situaciones políticas, pero en la práctica, salvo raras situaciones, el papel de la vanguardia –tanto de nuestro Partido como de otras que se fueron gestando en los enfrentamientos–, fue el de caminar acompañando a las masas. No se pudieron visualizar alternativas revolucionarias capaces de enfrentar al poder.

Fue una época histórica que se desarrolló en un marco de ascenso de todo el movimiento en donde, aún, la clase obrera no aparecía en escena, salvo en forma aislada y esporádica. Incluso, en la crisis extrema de la burguesía a fines del 2001, principios de 2002, la clase,

como clase, no alcanzó a expresarse tal como lo había logrado en otros acontecimientos de nuestra historia.

Miles y miles de acontecimientos se fueron sumando en este proceso revolucionario, para que la clase obrera comenzara a expresarse como clase. Entre ellos: la crisis política que, en su pico más alto, impuso cinco presidentes en un lapso corto, y que actualmente se prolonga en el tiempo porque nada de lo que viene del sistema logra credibilidad. A la irrupción de millones en las calles, movilizados por conquistas económicas y políticas, se agrega, contradictoriamente, la agudización de todos los mecanismos de superexplotación, la baja sustancial de salarios, la suba de la productividad, que pone blanco sobre negro el carácter de clase de este gobierno.

La clase, como clase, se encuentra en un momento extraordinario de recuperación política e ideológica, de creación de basamentos, dejando atrás años grises: la lucha ya está planteada y es deber de los revolucionarios estar un paso delante de los acontecimientos. ¿Por qué señalamos este tema que puede aparecer como remanido en la historia de las luchas proletarias? Porque nos oponemos a que quede reducido a una consigna vacía y que a la hora de tener que ponerse un paso adelante en forma real y efectiva, sea objeto de dudas o vacilaciones.

La clase de vanguardia ya está caminando como tal, las luchas se extienden en las principales fábricas del país, y se instalan para quedarse. El ascenso sostenido del enfrentamiento al poder burgués no tiene vuelta atrás en el corto plazo, el papel de los revolucionarios comienza a tallar en los centros fabriles y otros no fabriles pero no menos estratégicos. Esto implica en sí mismo que ya nada será igual o semejante a los años de ostracismo de la clase.

En épocas como ésta, de ascenso del movimiento de masas, el papel de la vanguardia y la idea de estar un paso adelante se hacen imprescindibles. No podemos tolerar que nos aplaste el peso de las costumbres o rutinas, o analizar la lucha de clases como proceso no beligerante, justificado para épocas de retroceso o calma de la clase, en donde lo principal era conseguir la fuente de trabajo y no perderla.

El Partido de la clase obrera debe dar signos de fortaleza cuando el ascenso está planteado, es un momento en donde hay que estar un paso adelante con toda decisión. Algunos nos tildarán de “apresurados” porque caracterizamos que este auge desembocará en ascenso y ofensiva del proletariado y el pueblo. Pero el movimiento ya está, es una realidad, no es que va a venir. Y ese movimiento va de conquista en conquista, ya se entiende en la clase que sin lucha no se consigue nada, es por ello que el paro, el sabotaje, la lucha conspirativa están a la orden del día y es por ello que es necesario ponerse un paso delante de ese movimiento.

2.- ¿Qué entendemos por ofensiva de las masas?

Del auge sostenido pasaremos indudablemente a la ofensiva de masas. Ese cambio implica una tormenta de masas en las calles yendo por lo suyo, es el acto reflejo de ganar en la movilización y con la movilización, es el acto enérgico de la conquista inmediata, de una acumulación de fuerzas y correlación de fuerzas favorables al pueblo, y con una marcada presión de clase. ¿Puede haber ofensiva de masas con una burguesía

monopolista sin reaccionar? ¿Puede haber ofensiva de masas que desemboque en una revolución y en la toma del poder?

Sería muy infantil de nuestra parte pensar que frente a la acción ofensiva del proletariado y el pueblo, la burguesía no va a reaccionar. Claro que las acciones reaccionarias no se harán esperar, pero las tácticas de los revolucionarios implican siempre acción y de ninguna manera prevemos que la ofensiva de masas implique pasividad. Aquí se nos quiere confundir, por eso insistimos en plantear “marchamos, prevemos” con conocimiento de causa, que vamos hacia esa ofensiva, y aquí está el nuevo debate, y los nuevos desafíos.

¿Por qué tenemos que deducir que una vez desatada la ofensiva marcharemos a la contrarrevolución? ¿Por qué no, hacia la revolución, hacia una crisis revolucionaria? ¿Dónde está escrita la inevitabilidad del triunfo de la contrarrevolución? ¿Acaso no fueron los ideólogos de la burguesía los que se espantaban cuando nosotros hablábamos de inevitabilidad? ¡¡¡Cómo han cambiado las cosas!!! Los revolucionarios entendemos que habrá ofensiva y es la hora de hablar claro sobre el tema y prepararnos en esa dirección.

En situación de ofensiva como la que se avecina, hay que preparar la insurrección, y nunca como ahora la táctica del Partido Revolucionario tiene que contemplar estas cuestiones. ¿Cabe dudar? ¿Cabe preguntarnos si “quemamos etapas”? Ante ello, afirmamos que el auge de masas y su rumbo inevitable hacia la ofensiva no depende de algunas voluntades de partidos o de clases, pues son múltiples y diversos los factores que actúan en esa dirección, y ahora sí, entonces, el papel de los revolucionarios tiene su peso específico, y ese peso es el de la responsabilidad de plantear las salidas políticas revolucionarias a las crisis permanentes, que en épocas de calma de las masas, tiene una incidencia, pero en épocas de ofensivas son imprescindibles.

Será muy difícil determinar el cambio de la calidad de auge a ofensiva, y en eso los revolucionarios tenemos que estar atentos. El desencadenante puede ser un hecho importante, o quizá algo que aparece como irrelevante. Ello no importa, además el papel de la vanguardia no es el de ser adivino de esa situación. Lo que sí importa es entender que el Partido Revolucionario tiene que empujar, fundamentalmente desde el proletariado, a desatar esa ofensiva, ya que sin ofensiva no hay revolución posible.

Nuestra mira es esa: parir una nueva calidad del proceso revolucionario.

Materializada la ofensiva de masas, todo lo que los revolucionarios no hicimos con anterioridad, no lo vamos a poder hacer en ese momento histórico, por ello el papel de los destacamentos revolucionarios en este momento actual es trascendental, mal que les pese a todos los que nos tildan de dinosaurios de la política. El papel de la clase y el papel del Partido Revolucionario es empujar hacia nuevas situaciones revolucionarias, y ello lo reafirmamos todos los días con tácticas que impulsan a las conquistas de reivindicaciones económicas y políticas en forma cotidiana, tales como las luchas por el salario, contra la inflación, asociar el gobierno a los monopolios, impulsar la lucha autoconvocada, etc. Pero, además, la ofensiva de masas exige hoy plantear otros problemas a la vanguardia: la posibilidad histórica de avanzar hacia la revolución y la preparación insurreccional de nuestro pueblo.

Es impensado permanecer a la zaga de los acontecimientos, es necesario preparar con decisión una táctica que contemple una salida con un gobierno revolucionario, que tome el poder. Estamos hablando de táctica, estamos hablando de prepararnos y preparar a la

vanguardia de la clase de vanguardia, y lo que hasta hacía muy poco parecía lejano –nos referimos particularmente al ritmo que ha adoptado la lucha–, hoy es realidad palpable. El gobierno de los monopolios no ha logrado convencer a la población de sus bondades “democráticas y antimperialistas” y todas las cuerdas se tensarán y las contradicciones se profundizarán. En estas circunstancias es tarea fundamental de los revolucionarios preparar un plan político, llevar nuestras acciones e ideas a la vanguardia, explicar por qué entendemos que el auge desembocará en una ofensiva y por qué, en medio de ella, el proletariado y sus destacamentos de vanguardia tienen que empujar hacia delante, hacia el cambio revolucionario. Se hace necesario, en una primera etapa preparar las bases del para qué la lucha y la unidad política de todo el pueblo.

¿No nos estaremos adelantando un poco ya que aún esa ofensiva de masas no está lanzada? Aclaremos rápidamente que no hablamos de tiempos precisos que puedan medirse en unidad de días, meses, etc. Estamos afirmando que existe una clara tendencia en el rumbo de la lucha. Pero fundamentalmente estamos planteando el papel de los revolucionarios en esta cuestión, el papel transformador que deberemos jugar.

Entendemos que al definir este devenir debemos plantear hoy a la vanguardia temas que, de otra manera, no serían abordados en forma revolucionaria. Estamos planteando que si la vanguardia adopta la idea de que hay que empujar hacia una ofensiva y que, si ésta se desata, avanzaremos a cambios revolucionarios. Estamos convencidos de que trabajando hacia una insurrección, hacia una crisis revolucionaria, contagiaremos a esta vanguardia que irá tomando confianza en sí misma como parte de la clase y, además, ayudaremos a constituir la alternativa política que nuestro pueblo necesita para avanzar a la revolución. Estamos planteando una salida política ante la ofensiva de masas que se avecina, y entonces hay que trabajar sobre esa táctica, tenemos un camino, sabemos cómo ir por ese andarivel, y en esto tenemos que hacer eje, y no balbucear si los tiempos son hoy, mañana o pasado.

La vanguardia que se está gestando por doquier en las luchas debe conocer profundamente de qué historia venimos y hacia dónde vamos.

3.- Romper los muros de contención

La oligarquía financiera trabaja en nuestro país sobre la base de un plan que implica mayor explotación y opresión, de otra manera sus cuentas no cierran. Pero ese plan camina con muletas, se entiende que para avanzar tienen que trabajar sobre la paz social, acuerdos sociales y alianzas de clases intentando transformarlas en muros de contención de todo el movimiento de masas que se avecina.

En esta idea de alianzas de clases no falta “nadie”. El arco electoral resume, en lo político, las expectativas del poder monopolista, sea cual fuere el signo partidario, pero además, todas las organizaciones sindicales y empresariales buscan una salida capaz de sostenerse en el tiempo. Ante esta cuestión, ¿cómo nos preparamos los revolucionarios para el rechazo de masas que seguramente provocarán estas iniciativas? Insistimos, tenemos que trabajar sobre la idea de un gobierno revolucionario, no podemos dar, en este marco, como respuesta ante el planteo de qué hacemos hoy, el objetivo estratégico del socialismo. Estamos hablando de táctica, y con ella planteando un gobierno que sea capaz de aunar fuerzas, probar fuerzas, ejercer el poder de la movilización autoconvocada en una coyuntura política en donde la clase está preanunciando su irrupción, tenemos que

prever que marchamos a situaciones similares al 17 de Octubre, el Cordobazo, el Rosariazo, el Vivorazo, en donde la clase irrumpió con lucha política y organización. Avanzamos a una situación de esa calidad y es allí en donde la vanguardia debe dar una idea de conducta política.

No es suficiente ahora entender el camino que estamos transitando, se trata de preparar la táctica que implique avanzar hacia un gobierno revolucionario que profundice las tareas de la revolución. Se trata de una cuestión práctica de preparación, pues si hoy no planteamos la táctica que vaya más allá de lo cotidiano, tal como lo planteamos anteriormente, el Partido Revolucionario no jugará el papel transformador que le corresponde.

La lucha cotidiana necesita de un nuevo norte, allí es donde el proletariado y sus vanguardias deben moverse como pez en el agua. Esta vez, la salida política a una situación de crisis no debe quedar en manos de la burguesía, pues en el momento histórico que estamos planteando se combinan las necesidades de las masas y su voluntad de encontrar soluciones a sus problemas y aspiraciones. A esto debe agregarse indefectiblemente la decisión del Partido Revolucionario y la vanguardia de llevarlas a cabo, pues de otra manera no encontrarán salida. Este es el trabajo de los revolucionarios.

Lo esencial que genera la lucha de clases

La clase obrera incorpora a todo el movimiento de masas la posibilidad de golpear al enemigo en su corazón: en la producción; dándole así una calidad superior al enfrentamiento, debilitando aún más a la burguesía y generándole más crisis.

Desde hace casi una década, el movimiento de masas ha ido jaqueando a la gran burguesía en todos los terrenos. Una tras otra ha demolido cada una de sus mentiras, cada una de sus iniciativas políticas. Le ha sacado la careta, desnudando su real rostro inhumano.

Decíamos una década donde por los cuatro puntos cardinales del país el movimiento de masas ha enfrentado la indómita capitalista.

Ensanchando la grieta que los separa, caminó por Mosconi, por Tartagal, por Corrientes y por diciembre/enero del 2001/2002, donde las masas, movilizadas nacionalmente, tiraron por la ventana tres gobiernos nacionales, dejando en claro que las instituciones de la burguesía ya no le alcanzan para solucionar sus aspiraciones.

Es claro que –por un lado– los grandes monopolios no pueden detenerse, y que la expropiación y la explotación son su razón de ser. Por el otro lado, el pueblo no puede detener su lucha por su dignidad y su libertad.

Inexorablemente la lucha de clases se tensará. El movimiento de masas continuará en ascenso, marcando al capitalismo de la época, el signo de la época: crisis política permanente para la gran burguesía.

Esta situación pone sobre el tapete para la vanguardia, la necesidad de una salida política a favor del pueblo que implique una rotura sin medias tintas del actual orden de cosas.

Lo que se presenta como “necesidad”, es un gobierno revolucionario del pueblo y la clase obrera que de vuelta la tortilla, en función de las aspiraciones y necesidades de todo el pueblo.

Para materializar esta salida, los revolucionarios debemos despojarnos de toda visión formal de la política. Se debe cortar el cordón umbilical con las concepciones burguesas de que “el pueblo gobierna a través de sus representantes”. Esta idea ya ha sido superada por el pueblo. Debemos pararnos y ver lo nuevo, lo esencial que ha generado la lucha de clases.

EL TALENTO CREADOR DE LA CLASE OBRERA

Las masas han ido ensayando con herramientas idóneas que le resultasen efectivas para conquistar sus objetivos políticos-reivindicativos.

Es así que desarrollan la autoconvocatoria como expresión de la democracia directa, que ya está instalada como única práctica que permite a las masas volcar toda su energía y decisión combativa, saltando todas las vallas que pretende imponer el sistema (sindicatos, ministerios, burócratas, etc.).

Esta matriz ha nacido de los grandes centros industriales donde el proletariado lo practica cotidianamente, claro está, en función de las ganancias de la burguesía. Porque en la etapa actual ya no alcanza con explotar a los obreros físicamente, ahora es necesario extraerle la fuerza creadora y organizadora de la producción. En pocas palabras, extraer

todo el talento creador de la clase. Pero en el mismo sentido, aumenta así la capacidad de la clase para tomar las riendas de la organización de la producción en función de todo el pueblo.

La aparición en la escena política de la clase obrera en lucha por el salario –piedra angular del actual proyecto de súper explotación de la gran burguesía globalizada– ha demostrado la eficiencia de esos métodos de organización que nacen en la autoconvocatoria. Este nuevo componente activo de la lucha expresa la composición político-ideológica por la que transcurre la clase, que se manifiesta hoy quizás como nunca antes. En la comprensión de que como obreros, para la burguesía somos sólo una mercancía más de descarte, se empieza a reflexionar sobre la vida que nos merecemos y el disfrute.

La clase incorpora a todo el movimiento de masas la posibilidad de golpear al enemigo en su corazón, en la producción, dándole una calidad superior al enfrentamiento, debilitando aún más a la burguesía y generándole más crisis.

Es desde aquí donde debemos pararnos los revolucionarios para ver la posibilidad concreta de poder llevar adelante la decisión de avanzar hacia un gobierno revolucionario, de fortalecer las nuevas estructuras políticas que darán sustento y garantizarán el poder de las mayorías, del poder revolucionario.

Por esto mismo, es hora de dejar de plantear la necesidad de la toma del poder y pasar a ser actores activos en la construcción del poder de las masas.

El Partido Revolucionario y su relación con las masas

Uno de los problemas fundamentales de toda revolución es la construcción del Partido Revolucionario, herramienta esencial de la Clase Obrera para la dirección política de las masas. Su relación con el movimiento de masas, su actividad durante el proceso revolucionario como catalizador de la acción de masas, la influencia del mismo en la creación y desarrollo de la vanguardia revolucionaria de masas, etc., son todos temas que cada proceso revolucionario plantea como nuevos aunque en el contexto mundial son de vieja data, podríamos decir, desde que se dio la posibilidad y la necesidad histórica de que el proletariado tomara el poder para la construcción de la sociedad socialista hacia el comunismo.

1.- La autoconvocatoria: esencia de la acción independiente de las masas

El concepto de masas no es estático sino que es esencialmente histórico y, en consecuencia, dinámico. Dado lo cual debemos entender que la relación Partido masas también es histórica y, por lo tanto, está sujeta a cambios y modificaciones condicionadas por la relación entre éstas y el enemigo a enfrentar, el nivel político alcanzado por el movimiento popular, la debilidad política de la burguesía, la correlación de fuerzas, etc. El momento actual de la lucha de clases se caracteriza por la debilidad política de la burguesía. Y ésta radica en que ha perdido toda tutela sobre el movimiento de masas. Nuestro Partido está actuando sobre esa realidad totalmente diferente a situaciones anteriores en donde las masas tenían expectativas en las soluciones que la burguesía proponía para sus problemas o aspiraciones.

Los momentos en que gran parte de las masas encontraban en los partidos políticos burgueses o instituciones sociales creadas o apropiadas por la burguesía, las herramientas a través de las cuales canalizar sus reclamos o aspiraciones, han sido superados por el presente en que las masas buscan, a través de la acción independiente expresada en la autoconvocatoria, el camino hacia la solución de sus problemas y la canalización de sus aspiraciones.

La autoconvocatoria –lo hemos dicho– la entendemos como esencia de acción independiente del movimiento de masas y no como mera forma organizativa.

Tanto las masas como las vanguardias de esta realidad actual, son mucho más extensas y amplias que las que décadas atrás intentaban una salida por fuera de la tutela burguesa.

Los problemas de relación entre el Partido de la Clase obrera con las masas, el problema de la unidad popular contra el enemigo común imperialista, la organización política de la vanguardia, el impulso y creación de los órganos de poder popular, etc., son diferentes y, si bien más complejos a medida que avanza el enfrentamiento, son –contradictoriamente– más transparentes en el sentido de que la lucha de clases define más claramente los campos enfrentados.

En la situación actual, el Partido debe abordar a las masas impulsando la autoconvocatoria sin la tutela de la burguesía o de las instituciones dominadas por esa clase. No obstante, la fuerza de masas que se encamina sin pausa hacia una ofensiva, va marcando que las luchas se desarrollan con amplitud y con todas las herramientas que se encuentra al alcance y que favorezcan sus objetivos.

En este sentido, se dan casos en que estructuras sindicales se ven obligadas a ponerse “al frente” de los movimientos, no por sus convicciones sino debido al impulso arrollador de la masa. En esos casos, la burguesía, con la ayuda interesada de los medios masivos de difusión, intenta presentar a la dirigencia gremial como los conductores de esa lucha, tratando de tapar el poder de acción independiente y con ello confundir al pueblo.

Este es un proceso que, seguramente, va a ir generalizándose con las características particulares del caso y acorde al nivel político alcanzado por el movimiento de masas, es decir que, aunque estos instrumentos de la burguesía aparezcan en la superficie y quieran ser promocionados por la clase dominante y los medios a su servicio como los dirigentes del movimiento de masas, en realidad son puestos en esa instancia por la lucha de la clase obrera y el pueblo que los utiliza como pantalla o salvaguarda de su propio movimiento. Muchas veces, la ausencia de una propuesta revolucionaria visible hace que las masas busquen, con viejas herramientas, nuevos caminos para lograr sus objetivos. Cuando la presencia de una propuesta revolucionaria se hace evidente, la lucha de masas no sólo se potencia sino que va encontrando canales de unidad no sólo en la acción independiente sino, además, en la unidad orgánica que se expresa en forma diversa, aunque, en algunos casos, aparezca con vestigios de formas anteriores.

2.- La voluntad de las masas en movimiento es soberana

En base a todo este análisis que desarrollamos es que el Partido debe estar atento y con las manos libres para avanzar con base en la esencia de la lucha, aunque ésta tome diversidad de formas en lo organizativo. Al mismo tiempo debemos luchar a brazo partido contra toda voluntad que intente llevar la lucha al camino de la negociación a espaldas del pueblo o al marco de las leyes e instituciones, es decir, a la vía muerta, cualquiera que fuere la forma o el origen que tenga dicha propuesta.

No existe ley, reglamento o disposición estatal, judicial e institucional que se deba respetar por fuera de la voluntad soberana de la masa en movimiento. La revolución es acción de masas y, por lo tanto, todo movimiento, herramienta o forma adoptada o utilizada y que facilite y de aire al protagonismo de las masas, debe ser impulsada por el Partido Revolucionario sin duda y sin prejuicios. Nuestra confianza en el poder de las masas debe ser incondicional, fundamentada en el convencimiento de que las ideas revolucionarias conjugadas con la experiencia de lucha y las aspiraciones y necesidades irresueltas de las masas, abrirán de par en par los caminos de la revolución.

En esa línea encontraremos voluntades hasta hace poco insospechadas dispuestas a protagonizar el camino de la revolución. De tal forma que en lugares en donde llega el Partido “por primera vez”, encuentra hombres y mujeres dispuestos a sumarse a la propuesta revolucionaria en forma organizada, aunque no se incorporen directamente al Partido Revolucionario.

El Partido debe tener la capacidad de fusionar su política con esas expresiones del movimiento de masas dotándolas no sólo de la línea política sino que, además, debe orientar las distintas formas organizativas que permitan potenciar la actividad y multiplicar su fuerza.

Por estas razones, los recursos que debe ver y considerar el Partido para cada acción política van mucho más allá de la propia estructura orgánica. Habiendo nacido al calor de

las luchas de la clase obrera, siendo parte integrante y expresión política de la misma, arraigado firmemente en el movimiento de masas, nuestro Partido debe disputar la dirección política de las masas que, guachas de la influencia burguesa, buscan su propio camino.

No importa la filiación política de los hombres y mujeres de las masas, pues no es a partir de sus ideas y simpatías partidistas desde donde vamos a construir las fuerzas orgánicas de la revolución, sino desde el enfrentamiento y la acción política contra el enemigo común.

Desde nuestra concepción marxista, la condición de clase siempre fue la característica a tener en cuenta para apreciar las fuerzas. Ese principio es lo que debe imperar hoy más que nunca, pues a partir de él, debemos confiar en que las masas populares en contacto con su propia realidad social, en el enfrentamiento cotidiano con el poder burgués y a la luz de una propuesta revolucionaria, encontrarán el cauce de salida a la crisis y generarán, con su acción política, las formas orgánicas adecuadas para llevar adelante sus aspiraciones.

Por su parte, el Partido, como fuerza de vanguardia proletaria de ese movimiento de masas, debe impulsar lo más avanzado de las formas orgánicas que la experiencia popular ha realizado en la historia como germen de la organización del futuro Estado proletario.

Eso lo logrará impulsando las acciones que den cauce al torrente revolucionario del movimiento de masas, que permitan agigantar la fuerza del enfrentamiento cotidiano que el pueblo ejecuta contra el gobierno y las fuerzas de los monopolios.

Parado desde el auge de masas y en la proximidad de una ofensiva generalizada, la vanguardia a la que el Partido Revolucionario debe aportar todo el caudal de conocimientos y orientar en la dirección del movimiento, es mucho más grande de lo que son sus propias fuerzas y contactos inmediatos. Las masas obreras y populares son cien veces más gigantes de lo que hasta hace poco aparecían.

3.- Un nivel superior en la dirección política

La situación de auge sostenido, la crisis política de la burguesía, su incapacidad para engañar y generar expectativas para el pueblo, el aborrecimiento de las masas a todos las expresiones de reformismo, oportunismo y demás, pone a nuestro Partido sobre un terreno tan fértil y vasto que nuestra visión política, nuestra ambición revolucionaria y nuestra evaluación de recursos, no pueden tener otro límite más que la propia realidad de la lucha de clases.

La nueva dirigencia de la clase obrera y las nuevas camadas de hombres y mujeres decididos a ponerse al frente de las luchas populares deben encontrar en el Partido Revolucionario no sólo la línea política táctica que le proponga la opción de un gobierno revolucionario ante la proximidad de una ofensiva de masas. También deben encontrar un puesto de lucha y una opción orgánica, no sólo en el Partido, para impulsar y protagonizar la dirección política de todo el movimiento.

La fusión entre el Partido Revolucionario y esa vanguardia constituirá un nivel superior que permitirá a la clase obrera y al pueblo en general subir un escalón gigante en la lucha por el poder.

Permitirá modificar la situación y la correlación de fuerzas, posibilitando una aceleración e intensificación del auge de masas hacia la ofensiva generalizada. Facilitará la preparación de las fuerzas revolucionarias para las acciones insurreccionales y el impulso

de las organizaciones políticas, es decir, los gérmenes del nuevo Estado proletario, en donde la clase obrera materialice la unidad con las demás capas populares, que sufren la explotación y la opresión de la burguesía monopolista.

“A la luz de todo lo que hemos señalado vale la pena replantear algunas formulaciones generales sobre la lucha de clases:

a) Cuando las contradicciones de la sociedad capitalista se agudizan, la lucha de clases adquiere verdaderamente el carácter de tal. Es decir, las fuerzas en pugna ya no solamente se replantean o cuestionan en su práctica social aspectos parciales del sistema, sino el conjunto del mismo, formulando entonces proyectos para mantenerlo o modificarlo, total o parcialmente.

b) En esa lucha se ponen en movimiento a partir de sus INTERESES MATERIALES CONCRETOS.

c) Por ser la única clase que NO TIENE INTERESES MATERIALES en el sostenimiento del capitalismo, la clase obrera es la única capaz de formular científicamente su propio proyecto social para la MODIFICACION TOTAL del sistema, y de luchar consecuentemente por el triunfo de ese proyecto: el socialismo.

d) Precisamente a causa de sus intereses materiales en el capitalismo –pequeños o grandes–, las demás clases y sectores de clase no pueden elaborar científicamente sus propios proyectos, ni presentarlos francamente en la lucha. Apelan pues a DISFRACES IDEOLOGICOS para encubrirlos ante los ojos de las masas y, a veces, aún ante los suyos propios. Por todo ello, la clase obrera para triunfar y liberar a toda la nación, a toda la humanidad, necesita:

1) Hacer científicamente consciente su propio proyecto social, asimilarlo profundamente, plasmarlo en un programa y dotarse de una estrategia y una táctica para realizarlo.

2) Realizar una ALIANZA, un frente, con las demás capas oprimidas, que A PARTIR DE SUS PROPIOS INTERESES GOLPEADOS, las una en un solo haz contra el enemigo común.

3) Desarrollar prácticamente los dos aspectos anteriores, dotándose y dotando a sus aliados de instrumentos concretos que, a través de la multiplicidad de las luchas parciales, conduzcan al objetivo global y final perseguido: la construcción del socialismo.

En una palabra, la clase obrera debe ganar la DIRECCION POLITICA de la revolución y dotarse de herramientas adecuadas para ello.

La herramienta fundamental, históricamente irremplazable, es el partido proletario revolucionario.”

Selección de un artículo publicado en El Combatiente N° 92, Septiembre 1973.

Sirva este texto que reproducimos, como homenaje a Mario Roberto Santucho (1976-19 de Julio-2005) y con él, a todos los hombres y mujeres de nuestro país que han puesto su vida al servicio de la Revolución, para que el pueblo conquiste una vida digna y nuestra Patria tenga el lugar que se merece.